

RESEÑA

Lope de Vega Carpio, *El peregrino en su patria*, introducción, edición y notas de J. González-Barrera, Cátedra, Madrid, 2016, 665 pp. ISBN: 9788437635415.

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ (Université de Neuchâtel)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.291>>

Entre la primavera de 1602 y el verano de 1604 Lope estuvo instalado en Sevilla, haciendo desde allí diversos viajes a Castilla (Toledo y Madrid) y a otras partes de Andalucía (Córdoba y Granada). Su ocupación continua y virtuosa se concentraba en dos grandes proyectos: la ambiciosísima *Jerusalén conquistada*, que solo vería la luz en 1609, y el apenas menos ambicioso *El peregrino en su patria*, cuya dedicatoria firma Lope en Sevilla el «último día del año de 1603» (p. 90). *El peregrino* es una apasionante novela bizantina que la crítica tiende a conocer solamente por las listas de comedias que incluye el Fénix en la primera edición y actualiza en la de 1618. Sin embargo, no faltan esfuerzos por difundir esta obra. Entre ellos destaca el volumen conjunto de Prolope coordinado por Xavier Tubau (*Lope en 1604*, Milenio, Lérida, 2004) y, desde luego, las cinco ediciones modernas de que disponemos: las de Francisco Garriga (*Fuenteovejuna. Poesías. El peregrino en su patria*, Juventud, Barcelona, 1935), Luis Guarner (*El peregrino en su patria*, Librería Beragua, Madrid, 1935), Myron A. Peyton (*El peregrino en su patria*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1971), Juan Bautista Avalle-Arce (*El peregrino en su patria*, Castalia, Madrid, 1973) y Donald McGrady (*El peregrino en su patria*, Biblioteca Castro, Madrid, 1997). A ellas se añade ahora la edición crítica que nos toca reseñar: el impresionante trabajo de González-Barrera.

González-Barrera es un conocido lopista cuyas armas de Vulcano, por tomar una frase suya, han sido una enorme capacidad de trabajo y una gran erudición clásica que ha demostrado con creces en sus trabajos sobre Lope y la materia bizantina, o en su edición de la *Expostulatio Spongiae* (*Expostulatio Spongiae. Fuego*

cruzado en el nombre de Lope, Reichenberger, Kassel, 2011). Y son armas que se necesita emplear al máximo al enfrentarse a un texto tan complicado como *El peregrino*, que presenta cuestiones no resueltas por las ediciones anteriores. Para empezar, ninguna de estas ediciones previas a que nos hemos referido es propiamente crítica. Centrándonos solo en las que tienen pretensiones de serlo, comprobamos que la de Peyton reproduce la *princeps* de 1604, que dice cotejar con el resto de ediciones del siglo, aunque no nos proporciona los datos procedentes de esta *collatio*. Pese a ello, y gracias especialmente a sus notas sobre la erudición lopesca, la edición de Peyton ha sido la mejor de que hemos dispuesto hasta nuestros días. Por su parte, Avalle-Arce dedica gran energía a atacar la labor de Peyton y mucha menos a su propia edición, que es un producto decepcionante e incluso fraudulento: aunque el crítico argentino afirma seguir la *princeps*, en realidad plagia la edición de Guarner y no pocas notas de Peyton, como ha descubierto González-Barrera (p. 65). No es, pues, una edición válida, aunque su estudio introductorio sobre la novela bizantina y sobre el arte novelador de Lope resulta muy enriquecedor. En cuanto al volumen que preparó McGrady para la Biblioteca Castro, las exigencias de la colección hacen que sea un traslado de la *princeps*, sin notas ni estudio textual, y con una breve introducción. Editar el *Peregrino* es, pues, un trabajo titánico: estamos ante una obra muy extensa con siete ediciones en el siglo XVII (Maria Grazia Profeti, *Per una bibliografia di Lope de Vega. Opere non drammatiche a stampa*, Reichenberger, Kassel, 2002, pp. 249-262) y un número muy elevado de ejemplares conservados que, se diría, nadie ha cotejado todavía. Necesitamos un estudio textual de valor científico, una anotación inteligente y una interpretación de la obra en el contexto de su género y de las preocupaciones lopescas del momento.

En todos estos aspectos el trabajo de González-Barrera supone un gran paso adelante con respecto a las demás ediciones. Para evaluar este volumen sin exceder una longitud apropiada para el género de la reseña nos centraremos en algunos puntos concretos de la constitución del texto, anotación e introducción.

En cuanto a la constitución del texto, González-Barrera toma una decisión peculiar y, en nuestra opinión, desacertada: aunque afirma haber llevado a cabo una importante labor de cotejo, no proporciona ningún tipo de datos o de análisis, es decir, ni tabla de variantes ni estudio textual. Es una lástima que González-Barrera no reproduzca los resultados de lo que describe como un «esfuerzo *ab ovo*» (p. 65) de contrastar la *princeps* (usa una copia microfilmada procedente de la BNE:

R.MICRO/11315, así como el ejemplar R/7724 de la misma biblioteca) con el resto de ediciones antiguas, pues relega así unos datos que serían muy útiles para el resto de estudiosos. Que tal cotejo no localizara ninguna variante y que por ello no haya tabla resulta inverosímil, pues estamos en el siglo XVII, en tiempos de la imprenta manual. Igualmente improbable nos parece que González-Barrera limitara su contraste a las ediciones del XVII y que no consultara también el resto de ejemplares de la edición sevillana (se conservan muchos más aparte de los dos reseñados), y sobre todo que no encontrara en los datos resultantes de su examen patrones o elementos dignos de señalar, pues estamos ante un editor reconocido y experimentado. Parece, más bien, que González-Barrera no ha dado a la imprenta un trabajo que debería haber añadido a la edición y que tal vez se podría plantear publicar para cubrir así una importante falla en la historia del lopismo.

De hecho, el texto de la edición demuestra que González-Barrera ha realizado cuidadosamente esta labor textual, pues introduce diversas enmiendas *ope codicum*. Unas siguen la edición de 1618 (pp. 129, 211 y 244), otras la edición de Barcelona de 1604 (pp. 391 y 628) y otras la edición de Bruselas de 1608 (p. 252), aunque el editor no expone el criterio por el cual prefiere una u otra. Asimismo, propone dos enmiendas *ope ingenii*. Una, en la página 365, es oportuna. Por otra parte, la de la p. 297 está descaminada: los testimonios leen, correctamente, «lago de Daniel» (el *lacum leonum* de la Vulgata), pero González-Barrera corrige, erróneamente, a «lado de Daniel». Por último, otra decisión textual de importancia, pero tal vez innecesaria, es trasladar los tres sonetos finales (de Agustín de Castellanos, Agustín de Tejada Páez y Alonso de Salas) al final de los poemas preliminares. Por el contrario, el tratamiento de la lista de comedias, con diferentes formatos para las obras del elenco de 1604, para las del de 1618, y para las repetidas, nos parece útil y claro.

En lo referente a las notas, el trabajo de González-Barrera es verdaderamente encomiable, pues completa muy acertadamente la ya importante contribución de Peyton. Podríamos rellenar páginas y páginas alabando sus notas sobre diversos aspectos de erudición clásica o bíblica, que ilumina con claridad y eficacia. Además debemos subrayar que este despliegue no se limita a esos temas y que se apoya en un uso impresionante de la bibliografía. Resaltemos, en aras de la brevedad, solo algunas notas especialmente acertadas: la referente a Homero y Venusia, que ilustra oportunamente con un pasaje de la *Jerusalén*, la del *bivium*, la del palo indiano, la de la historia del pintor y la Virgen, y la glosa del «Bien puede ser» gongorino (pp.

198, 205, 211, 255, 337). Y, claro, entre tanto acierto también hay algunas que podrían haberse completado con referencias lopescas: así, la mención de la anacardina (p. 237) pide traer a colación el soneto del ciclo de los mansos; la del idilio de Teócrito sobre Cupido y la abeja (p. 241), el romance lopesco «Por los jardines de Chipre»; la del «fuego elemental» (p. 358), el soneto de *La dama boba*, *La Filomena* y *La Circe*; y la del caballo de Seyo (pp. 494-495), la portada del propio *Peregrino*, muy bien comentada por el propio González-Barrera en la introducción a la edición.

Asimismo, e, insistimos, entre infinitos aciertos, hay algunas notas de las que discrepamos. Por ejemplo, al glosar una apariencia de san Francisco, al que bajaban «de la cruz que estaba en lugar de árbol» y «cinco cuerdas de seda roja que le daban en los pies, costado y manos» (pp. 232-233), González-Barrera remite correctamente a la escena de la estigmatización de Francisco y aclara que el cordón franciscano puede llevar cinco nudos que remiten a esos *stigmata*. Sin embargo, el texto que ilustra la nota no habla del cordón franciscano: las «cuerdas de seda roja» del texto no son los nudos del cordón, sino símbolos de los rayos que se desprendieron del serafín que estigmatizó a Francisco, que se solían representar como líneas de color rojo. Además, en muchas ocasiones González-Barrera aporta información sin indicar su fuente. Es el caso, por dar un ejemplo, de la nota 13, sobre el cedro y los cristianos maronitas (p. 145). Por motivos muy distintos tampoco nos parece apropiada la nota que ilustra la aparición del nombre «Atlanta». Según González-Barrera la palabra remite a 'Atalanta', lo que es correcto. Pero añade: «hoy en día es el nombre de una importante revista de la filología hispánica: *Atalanta. Revista de las letras barrocas*» (p. 183). Pensamos que la revista se sostiene sola y no necesita esta adjetivación por parte de su editor. En todo caso, el comentario no parece pertinente.

Otro ejemplo de nuestras discrepancias se encuentra en la nota a la expresión «bala enramada». Aparece en una escena en la que el peregrino está herido y no tiene dinero para agradecer los cuidados de sus huéspedes: «porque como no tuviese otro metal en todo su cuerpo que el plomo de una bala enramada que Doricleo le metió en el brazo la noche de aquella desdicha, no pudo pagarles entrada ni hallar para sosegarlos mejor salida» (p. 167). González-Barrera anota así el pasaje:

bala enramada: el proyectil está atrapado o entreverado en el brazo del peregrino. En ningún caso se trata de la pieza de artillería del mismo nombre que utilizaban los

barcos de guerra de la época, como defendieron algunos. Ni un pedreñal podía disparar semejante bala de cañón ni Pánfilo hubiera sobrevivido al disparo. (p. 167)

González-Barrera alude aquí a las notas de los editores anteriores, que se basan en *Autoridades*. Bajo la voz «bala enramada», este diccionario trae:

es una bala de hierro partida en dos mitades, y con hueco por la parte interior, donde cabe una cadenilla que está asida por los extremos a entrambas partes de la bala. Con esta se carga la pieza de artillería, y se usa de ella regularmente contra los navíos, porque al tiempo de salir el tiro se extiende la cadenilla, y hace el efecto de desarbolarlos.

La duda que presenta González-Barrera es perfectamente legítima, pues las balas enramadas solían usarse como munición de artillería en batallas navales y tendían a pesar bastante: las empleadas en la jornada de la Tercera de 1583, por ejemplo, pesaban entre cuatro y cinco libras cada una (*Relación de la jornada, expugnación y conquista de la isla Tercera y las demás circunvecinas que hizo don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, s.l., s.a, s.p.*). Desde luego, nadie podría cargar con una bala de ese calibre un trabuco (eso significa «pedreñal»), ni sobrevivir a un impacto claro de una de ellas y llevarla en el cuerpo. Por tanto, y para evitar esa incongruencia, González-Barrera propone entender que la bala está enramada en algún hueso, suponiendo una construcción preposicional que parece razonable, pero que no encontramos documentada ni en Keniston ni en el CORDE, y que necesita un objeto preposicional que no nos parece evidente (¿un hueso?). Menos arriesgado parece suponer que se fabricaran balas enramadas más pequeñas para que funcionaran a modo de metralla y que estas balas se pudieran disparar con trabucos. Se trata, además, de una hipótesis que sustentan otros textos. En los *Hijos de Madrid* de Álvarez y Baena (1789) se nos cuenta que en 1617 don Diego Ramírez de Haro acudió a pelear a la jornada de Brasil y que allí

hizo una salida el enemigo con 500 mosqueteros, y saliole a recibir don Diego con 56 hombres, siendo el primero que le vio la cara. Faltoles al mejor tiempo la pólvora y cuerda, y valiéronse de las espadas; pero siendo las fuerzas tan desiguales, a poco quedaron solos once hombres con nuestro capitán, que peleó animosamente hasta que una bala enramada que le entró por el pecho, dio con él en tierra. Procuró levantarse,

pero no pudiendo, permaneció en el suelo dando voces y animando a los suyos por cerca de tres horas. Acabado el combate, para extraerle la bala y curarle, le dieron por las espaldas otra herida más peligrosa y penetrante; mas logró la salud encomendándose a la Virgen de Atocha, y alegándole los servicios de su Casa de Ramírez. (José Antonio Álvarez y Baena, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, ciencias y artes*, vol. 1, Benito Cano, Madrid, 1789, p. 347, con grafía modernizada)

La capacidad milagrosa de la virgen de Atocha sería la única fuerza que podría hacer verosímil que esta bala enramada fuera de artillería. Parece, más bien, munición de arma de fuego portátil, como la que hirió al peregrino. No estaban erradas, pues, las notas de Peyton y Avalor-Arce, aunque González-Barrera ha mostrado más capacidad crítica que ellos al plantearse el problema que subyace al episodio.

Pero dejemos ya de buscar lunares en tantas notas exitosas y en tan acertado trabajo y ocupémosnos de la introducción al volumen. Aquí la contribución de González-Barrera destaca de cuanto se ha escrito sobre la obra, proponiendo una interpretación completa y muy apoyada en sus profundos conocimientos sobre Lope y la literatura del momento, y en especial sobre la novela bizantina española —es la primera vez, a nuestro entender, que se explica adecuadamente la influencia en Lope de la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras—. Destaquemos en particular la sección «Una interpretación», en la que González-Barrera pasa revista a las ambiciones lopescas y a los motivos por las que algunos las rechazaron:

Quizás la más grande de las inmoralidades que cometió aquel hijo de un modesto bordador no fueron sus amancebamientos o adulterios, sino el atreverse a golpear el techo de cristal que protegía aquel sistema complejo de obligaciones sociales. Insolentes transgresiones que iban desde comprarse una casa o sentar a su mesa a un Grande de España hasta querer compararse —y acaso superar— a las máximas figuras de la literatura occidental. (p. 54)

Es una opinión muy perceptiva que nos permite entender el mundo de ese hijo de bordador y criada que se codeaba en Sevilla con el gran Juan de Arguijo y en Granada con todos los caballeros de la ciudad.

Además, la introducción destaca por sus teorías sobre la datación de la obra, que son innovadoras. En este punto, es una lástima que González-Barrera no haga un verdadero estado de la cuestión, pues, aunque las conoce, no menciona otras

teorías aparte de las de Peyton o Avalor-Arce. Faltarían las de Montesinos, por ejemplo, que sostiene que la mayor parte del libro se escribió en torno a 1599, con algunos poemas compuestos en 1602 (José F. Montesinos, *Estudios sobre Lope de Vega*, Anaya, Salamanca, 1967, p. 181). Por su parte, Avalor-Arce lo considera escrito en un momento cercano a la cronología interna de la obra, que es 1600, aunque Lope lo habría retocado en 1603. González-Barrera rechaza estas hipótesis como «conjeturas deslavazadas entre sí, que [Avalor-Arce] intenta salvar de alguna forma estirando la horquilla, añadiendo la adenda de esos “retoques en 1603”» (p. 16). Concretamente, González-Barrera rebate las ideas del estudioso argentino explicando todos los indicios que apuntan al año de 1600 responden a la cronología interna del libro, que se centra en esa fecha, y no al momento de escritura. En vez de en 1600, González-Barrera propone que Lope redactó el *Peregrino* en fechas mucho más próximas a la publicación de la obra: sabemos por las aprobaciones que la había terminado en noviembre de 1603, que es el único *terminus ante quem* que acepta González-Barrera (p. 17). Este parece razonable y de acuerdo con las teorías anteriores —los «retoques» de Avalor-Arce apuntaban a esa fecha—, por lo que la innovación de González-Barrera está más bien en sus razonamientos acerca de la cronología interna y en el *terminus post quem*, que sería el que marca la epístola «Serrana hermosa, que de nieve helada», del libro III, que data de 1602: entre esa fecha y 1603 escribió Lope el libro; las referencias a 1600 se deben a exigencias de la trama. La hipótesis parece más que aceptable, aunque no refuta la de que el Fénix pudo componer gran parte de la obra muy cerca de 1600, la fecha de la acción, y aunque sepamos que algunos de los textos que incluye *El peregrino* fueron, de hecho, escritos para las bodas reales de 1599.

En este sentido conviene precisar que los críticos (desde Montesinos a González-Barrera) han entendido que hay un pasaje clave que se refiere a un momento posterior a julio de 1601, pero que realmente se debe leer de modo diferente. Se trata de la alusión a Ostende del libro III: «Lisardo estaba en Flandes con el archiduque Alberto, de cuyas prendas no ha dado pequeña satisfacción la Rota de Ostende» (pp. 370-371). González-Barrera considera que se refiere al célebre sitio de Ostende y que, por tanto, tuvo que ser escrito entre el 5 de julio de 1601, fecha en que comenzó el cerco, y otoño de 1603, cuando Lope acabó la obra. No obstante, usar la palabra «rota» para referirse a ese hecho de armas parece extraño: el sitio de Ostende no fue una derrota para nadie hasta que la plaza se rindió en septiembre de

1604, después de la publicación del *Peregrino*. Lo más probable, pues, es que el Fénix no se refiera a esa acción, sino a una relacionada y previa que sí que supuso una derrota para las armas hispanas y una muestra del valor del archiduque Alberto. Nos referimos a la batalla de las Dunas, esto es, a la primera batalla de las Dunas o batalla de Nieuwpoort, que tuvo lugar en julio de 1600. Se desarrolló en las dunas que se encuentran entre Ostende y Nieuwpoort, ciudades que están a unos 25 kilómetros de distancia, por lo que la cercanía geográfica con Ostende justificaría la nomenclatura que elige Lope. Y, sobre todo, la fecha corresponde con las de otros acontecimientos narrados en el libro, que, como hemos dicho, se centran en 1600. Además, esta lectura tiene la ventaja de justificar la mención lopesca del valor del archiduque. Según las crónicas, este príncipe mostró gran coraje en dicha batalla, andando «en medio de la batalla animando su gente» con «fervor y cólera», hasta el punto que en cierto momento «se halló entre una tropa de soldados del enemigo» que le atacaron con sus alabardas, hiriéndole en la cabeza, aunque consiguió retirarse en orden y ponerse a sí mismo y a su ejército a salvo (Antonio Carnero, *Historia de las guerras civiles que ha habido en los estados de Flandes*, Juan de Meerbeque, Bruselas, 1625, pp. 475-476). Nos parece información suficiente para, al menos, revisar la datación que se atribuye a un lugar muy usado para decidir cuándo se escribió el *Peregrino*.

En suma, estamos ante una edición muy valiosa con poquísimos lunares. Ya hemos reseñado algunos, pero también podríamos pedir un índice de primeros versos, o más precisión al referirse al trabajo de otros estudiosos. Así, y por poner tres ejemplos, sobre Peyton dice González-Barrera que «cuando no sabía descifrar un pasaje o rastrear una fuente clásica, sencillamente se lo inventaba» (p. 65); sobre Luigi Giuliani, que no sabe «de dónde pueden salir las siete ediciones hasta 1618» del *Peregrino* (p. 27); y sobre Sánchez Jiménez, que no está de acuerdo con que la tríada que forman la *Arcadia*, *La Dragontea* y el *Isidro* «fuera un intento de emular a Virgilio publicando su propia *rota Vergilii*» (pp. 12-13). En ninguno de los casos hay en absoluto falta de respeto ni mala intención, pero conviene señalar sobre el primero que sería más decoroso afirmar que Peyton se equivoca, no que inventa. En cuanto a las ediciones a las que se refiere Giuliani, aclaremos que salen de diversas prensas españolas y europeas, como afirma la autoridad en la materia, Profeti, que es quien establece el recuento más comúnmente aceptado y basado en el cotejo de los originales (*Per una bibliografia di Lope de Vega. Opere non drammatiche a stam-*

pa, Reichenberger, Kassel, 2002, pp. 249-262). Sobre la *rota Vergilii*, el artículo y lugar que cita González-Barrera (Antonio Sánchez Jiménez, «La génesis del *Isidro* (1599) y la carrera literaria de Lope de Vega: a propósito de la *rota Vergilii*», *Anuario Lope de Vega*, XVI, [2010], pp. 143-153, p. 146) sostiene precisamente lo contrario: que, debido a la génesis del *Isidro*, Lope no pudo concebir su tríada como una imitación virgiliana, que es lo que afirman, más bien, Carlos Gutiérrez (*La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y del poder*, Purdue University Press, West Lafayette, 2005, p. 134) y Elizabeth R. Wright («Virtuous Labor, Courtly Laborer: Canonization and a Literary Career in Lope de Vega's *Isidro*», *Modern Language Notes*, CXIV, [1999], pp. 223-240, p. 228; *Pilgrimage to Patronage. Lope de Vega and the Court of Philip III, 1598-1621*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2001, p. 34). Reiteremos de nuevo, sin embargo, que estamos ejerciendo de Zoilo y dedicando mucha más atención a los pequeños aspectos mejorables que a los cientos de páginas de erudición que admiramos sin reservas. Gracias a ellas, esta nueva edición de González-Barrera supera con creces las existentes, soluciona numerosos problemas de modo elegante, erudito y claro, ilustra la tan traída y llevada cuestión de la erudición del Fénix, y nos proporciona al resto de los investigadores muy valiosas ideas. Por ese esfuerzo y generosidad le estamos en deuda al editor, cuyo trabajo saludamos con entusiasmo.